

HILO ROJO

PSEUDÓNIMO: DON PEDRO

Si tuviera una pared gigante, puede que fuera blanca o clara, me encantaría tejer el panel de mi vida.

Como esos que hace la policía en la búsqueda de un culpable de asesinato.

Como los que hacemos en clase cuando planteamos el briefing de un proyecto y conectamos ideas, colores, referentes, artistas, obras, texturas...

Una gran pared de relaciones, codificadas con colores, repleta de anotaciones (en boli, en lápiz, en forma de dibujos, de poesías, de palabras concretas para cada persona, asomando los pensamientos un poquito), también que reflejara el paso del tiempo.

Como éstos, pero de mi paso por la vida.

No pensando en ello como centro del panel, sino como un punto tejido en una maraña de relaciones humanas, una más, una anécdota, una del montón...

Mi abuela hizo bien al repetirme un millón de veces que yo era una chica del montón, y aunque secretamente yo me decía que seguramente se refería a las del montón de arriba, cuando crecí le agradecí esa reflexión. Hubo un tiempo que pensé que no valía mucho, (supongo que cuando aún no estás muy situada esto sucede, también depende de a quién tengas cerca de ti), que mi fin era pasar desapercibida, del montón vaya, y cuando maduré entendí el valor precioso de ese estado, que te concedía la gracilidad de seguir escalando posiciones, para no hundirte, de asomar tu cabecita en ciertos momentos, pero ver la meta lejos, y así, de esa manera, no parar nunca de luchar, de seguir, de caminar. También de darte cuenta que el montón es inmenso, que aunque estés en medio de él, tienes tu hueco, y tienes por debajo a mucha gente, que quiere lo mismo que tú. Es un golpe de realidad, muy distinto al estilo de educar a los niños/as como los reyes de la casa. ¡Cuántas veces te recuerdo!.

Imagino cómo sería, el panel gigante, y a veces lo veo inabarcable; otras me asombro de la cantidad de caminos variados por los que he discurrido, y sobretodo, de las personas maravillosas o no, que han habitado mi vida y las que aún están por llegar.

Actualmente las redes sociales, facilitan esa consciencia de relaciones, de tu situación con respecto a los demás, pero carecen de la apariencia general de mapa de vida y desde luego, se quedan en la superficie.

Mi panel llegaría a la esencia de esa relación.

Lo imagino confeccionado con ese hilo rojo que conecta personas, emociones y lugares. Como la leyenda japonesa.

Con una tela de araña que se cierra a veces alrededor de algunos lugares y personas, y que otras veces conecta cosas increíbles.

Cuando te detienes en ese instante maravilloso o díscolo, toca parar, reflexionar.

¿Y si nuestras conexiones emocionales tuvieran ese “transporte” especial de unos a otros?. Aquí me imagino un tubo conector transparente por el que fluyen líquidos de colores, intensos y suaves, como una lluvia de purpurina unas veces y una pasta oscura y gris otras. Se traslada de unas personas a otras de una forma visible únicamente para aquellos elegidos. Capaz de traspasar fronteras físicas, que va de lo RURAL a la urbe en un instante de conexión, que conecta pasado y futuro, antepasados con nosotros, pensamientos positivos coincidentes con otros que no lo son...

¿Cómo conectamos cuando sufrimos o alegramos por otra persona, cómo se lo transmitimos y más aún, cómo cambia nuestra vida por esas conexiones, en qué nos afecta?. ¿Cómo somos capaces de disolver la conexión establecida unas veces y otras sencillamente no podemos librarnos de ella?.

Creo que esos canales de comunicación emocional cada vez son más profundos entre los seres humanos, cada vez somos más sensibles a ciertas relaciones, comentarios, pensamientos. Hemos conseguido desarrollar una piel sensible a lo que nos rodea, a la vez que el muro más infranqueable algunas veces. Y pasamos de estar intensamente implicados a que no nos importe nada alrededor nuestro.

Crece el número de ansiolíticos que se dispensan en las farmacias, los trastornos de enfermedades relacionadas con la mente, y el sentimiento...

¡Qué difícil no llevarse en la mochila aquello que nos emociona, bueno y malo!.

No puedo dejar de pensar cómo hubiera sido mi camino si en su momento no hubiese vivido algunas situaciones concretas.

A veces, ese hilo se rompe, se decolora y envejece... en otras ocasiones queda flácido, pero sigue ahí, por si algún día puede ser repuesto por otro nuevo... hay conexiones que siempre estarán, por mucho que el tiempo pase.

Otras veces tengo una maraña de hilos en mi cabeza. En esos momentos me encantaría poder asomarme al panel general, y como si analizases un mapa, entender hacia dónde es más conveniente ir, o con quien debería compartir el camino.

Mi hilo siempre es rojo, muy rojo, casi granate, pero se decolora cuando se acerca a algunas personas o momentos vividos y cambia de color.

Algunas personas nacen marrones, o grises, y te absorben la luz de tu color, otras son amarillo resplandeciente y transmiten ese dinamismo y vitalidad propio también de nuestro sol. Otras, sin embargo se quedan en un azul neutro tranquilizador. ¡Qué tranquilidad acercarse a ellas, aunque a veces sea un poco aburrido y necesites de la chispa naranja!.

En ocasiones he de cortar alguno de los hilos, intento hacerlo siempre después de la reflexión. Los guardo en una cajita, y los aparto, para que no interfieran en mi vida. Hay muy pocos enterrados en la cajita, pero me guardo el derecho a vengarme. A hacerlos una maraña, enrollarlos bien y apretarlos, incluso ensuciarlos de otro color...

Hay algunos hilos que han ido cambiando de color a lo largo de los años, no siempre fueron marrones o grises, y quizá hayan quedado un poco desvaídos dependiendo de la vida.

Todo depende de la vida. Siempre.

Me encantaría retejer la red, pero no está en mis manos. Va cambiando de color y de forma conforme vivo, y experimento. La energía emocional tiñe de color cada momento y persona que pasa por mi vida.

Mi bisabuela era bruja. O curandera, como decían entonces. Y venían de los pueblos cercanos para que les curara sus males de tripa y corazón. Con ver a las personas, sabía que algo iba mal.

Yo sentía miedo de ella. Pensaba que absorbía mi alma. Sacaba una cinta roja, muy roja, y con su rito, pasado de madres a hijas, nos hacía sentir mejor.

La cinta roja me llegó un jueves santo a través de mi abuela, la que me decía riendo que era del montón. Ella vio en mí lo que mi bisabuela había visto en ella. Y me instruyó. Muy sencillo. Lo demás lo llevaba dentro. Eso decía. Y yo empecé a creerlo, y a veces lo viví. Nunca había establecido la conexión de la cinta con el hilo rojo, hasta ahora.

Nunca pensé que fuera un remedio milagroso, pero tenía algo de poético. A través de esa cinta conectabas con la otra persona, recogías su dolor, te lo quedabas y a la vez que te sentías mal, te sentías genial por haberla ayudado.

Era como absorber el dolor de los demás, y quedárselo para una misma.

Las personas, sin cintas, también nos producen dolor, amor, alegría, seguridad, pasividad...

Me pregunto qué tipo de reacciones químicas se producen en nuestro organismo para sentirlo. Estoy segura que algunos componentes se activan para hacernos sentir de una u otra manera, los hay conocidos, como el cortisol, la adrenalina, la dopamina... pues así, con otros que ni conocemos y que traspasan nuestro cuerpo.

Y me pregunto qué ocurriría si esas conexiones, de alguna manera, se pudieran editar. Como cuando diseñas, que puedes modificar una foto en 2 segundos.

Como los rayos ultravioletas que nuestro ojo no puede ver, pero que existen... de todo el espectro, sólo somos capaces de percibir una franja mínima. Así, que ¿porqué no puede existir un canal emocional que nos conecte?.

A veces necesito recurrir a otro remedio casero, mi querido bote de "resbalín". Viene de muy atrás, y lo necesité durante mucho tiempo, para crear una capa protectora de sentimientos, de otras personas hacia mí, que no pudieran traspasar mi piel. Es una crema imaginaria, que viene envasada en un frasco de cristal, como los bálsamos de toda la vida, que se guardaban en las alacenas de las casas de campo, en un lejano mundo rural. Cierro los ojos y me unto por todo mi cuerpo, (es transparente), sobretodo por mis hombros y mi pecho, donde mayor carga suelo sentir.

Así me siento mejor. Aunque quizá, con el paso de los tiempos, se ha creado como una capa base que no deja traspasar algunas emociones, te hace impermeable a determinadas situaciones, y pone en riesgo tu capacidad de emoción. No abuses del resbalín, es peligroso para poder seguir estableciendo conexiones sanas.

A veces es bueno untar alguno de los hilos, para que la cadencia de emociones sea más suave.

Me encanta la idea del hilo rojo como conexión entre personas, como la red de nuestra existencia.

Me gustaría desgranarla un poco más, y tener tiempo para retejer esa relación con muchas personas importantes para mí a lo largo de mi vida, y a las que he querido mucho. Me imagino esa pared, y creo que no me caben todos, sería enorme.

Algunos días recuerdo a mis compañeros/as del colegio, de mi infancia, de muchos otros ámbitos y siento una gran desazón. Hay personas a las que nunca ya volveré a ver, algunas me hicieron reír y también llorar, con otras me he divertido, aprendido, pero no tengo tiempo material para volver a hablar con todas ellas. Quizá el panel de hilo rojo fuera un bálsamo en el recuerdo de todas esas relaciones.

Si me detengo un poco más en mi pared, sé que guardaría algún hilo más en la cajita. Alguno se ha escapado de la revisión constante de la vida, se ha quedado agazapado en un rinconcito y creo que espera su turno, guardarse y nunca más volver a salir a jugar. Y a mí misma me haría mi propio hilo rojo con una fibra bien gruesa, aislando mi espacio y mis emociones, como una pantalla protectora, para que no me fuera impregnando y “robando” mi alma a poquitos. Pero con la capacidad de soltar algunas hebras para las personas maravillosas que aún me quedan por conocer.

Pese al lío de panel que sé que tendría, sigo teniendo ilusión por conocer a más gente, por esperar siempre lo positivo de las personas, por seguir retejiendo mi red, mi red de buenas sensaciones, y aislar y liar aquello que no funciona en mi camino.

¿Y si el hilo rojo nos conectara de verdad?.

¿Qué sucede cuando lo cortas?.

Siempre llevo hilo en mi mochila, nunca sé cuándo puedo tener esa buena química con alguien.

Ahora sólo permito la entrada a los que tienen algo positivo que ofrecerme, aunque a veces se cuelga alguien en mi red.

Tengo hilo, ¿quieres?.

11.11.2022